

Oswaldo Payá

LA NOCHE NO SERÁ ETERNA

PELIGROS Y ESPERANZAS PARA CUBA



De la presente edición, 2018:

- © Ofelia Acevedo Maura, viuda y albacea de Oswaldo José Payá Sardiñas
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-06-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PRÓLOGO

Dos amigas nuestras —tanto de mi esposo como mías—, quienes han trabajado duro para que este libro llegue un día a publicarse, opinan que soy yo quien debe escribir este prólogo. No estoy segura de que sea una buena idea, pero voy a intentarlo.

Recuerdo tantas conversaciones entre Oswaldo y yo acerca de la necesidad de que él empezara a escribir. Hasta título le había puesto a un primer libro, hace ya unos diecisiete años, que nunca llegó del todo a concretar.

Oswaldo Payá Sardiñas trabajaba diariamente como ingeniero especialista en electromedicina, profesión que disfrutaba y amaba, pero su labor al frente del Movimiento Cristiano Liberación, no solo en la dirección y coordinación del trabajo, sino también en la búsqueda incesante de caminos pacíficos que permitiesen a los cubanos conquistar los derechos fundamentales que nos han sido negados por la dictadura castrista, fue su verdadera vocación, para la cual se preparó desde muy joven, y a la cual sentía el deber de consagrarle todos sus esfuerzos.

De ahí la fuerza de su liderazgo, que transmitía confianza, seguridad y optimismo a los que lo escuchaban, devolviéndoles una nueva esperanza. Hasta nuestra casa llegaban personas buscando consejo u orientación ante los más diversos conflictos humanos. Oswaldo trataba de atenderlos, la mayoría de las veces en detrimento de su necesario descanso y del compartir familiar. Él lamentaba profundamente no poder ofrecer a nuestros hijos todo el tiempo que necesitaban y que él deseaba darles.

Siempre supimos lo mucho que Oswaldo nos amaba y, también, que todo el sacrificio de su vida era primeramente para que nuestros hijos pudieran vivir en libertad y paz en la tierra que Dios nos había regalado como hogar. Fuimos muy felices, disfrutamos cuanto pudimos nuestra vida familiar. Él estuvo siempre ahí para nosotros. Y aun lo sigue estando, porque en Dios nuestro amor permanece más allá de la muerte. Por mucho que aun nos cuesta entender algunas cosas.

Trascurrían los días y, cada vez que podía, Oswaldo se sentaba a anotar las ideas que le interesaba abordar. Yo sentía que era esencial que él escribiera el libro, y él también lo sentía así. Me apenaba lo abrumado que siempre estaba. Ante tantos planes que aspiraba a desarrollar, se le hacía difícil hallar el tiempo concreto para escribir. Recuerdo las veces que yo le insistía diciéndole: «Oswaldo, mi amor, con lo que has escrito basta para varios libros. Por favor, empieza ya a darle forma al primero. Dedícate al libro».

Pero para él la urgencia era otra: la necesidad, cada vez más apremiante, de lograr movilizar al ciudadano común en la toma de decisiones políticas. El Proyecto Varela lo logró y el impacto que produjo sobre la dictadura pudimos comprobarlo por la desmedida respuesta del régimen. Era esa la clave.

No fue hasta el año 2011 que Oswaldo comenzó a seleccionar las ideas y a decidir el objetivo de este primer libro, cuyo propósito no es otro que, como él mismo explica, «el de ayudar a descubrir que sí podemos vivir el proceso de liberación y reconciliación y caminar al futuro en paz».

«Hay que llegar con este mensaje al pueblo, devolverle la confianza es nuestro reto», me decía Oswaldo. Por eso es urgente explicarles a todas esas personas que, dentro y fuera de Cuba, se preguntan «¿por qué los cubanos han soportado tanto?». Porque ya son muchos los años que llevamos sometidos al aislamiento informativo, debido al control absoluto de todos los medios de difusión en manos del estado comunista, que se ha encargado de imprimir en las mentes de los ciudadanos la idea negativa, ilegítima y antisoberana de que ese régimen es perpetuo, arruinando así la esperanza de los individuos de que vendrán verdaderos cambios por los que ascenderemos a una vida plena. Por eso, como decía Oswaldo: «para encontrar una respuesta, primero hay que comprender y conocer cómo hemos vivido los cubanos hasta hoy». A ese desafío se enfrentó mi esposo cuando decidió el tema de este libro.

Evoco, ahora con dolor, lo que le dije cuando elaboró la declaración *No al cambio fraude, sí a la Liberación*: «Oswaldo, por esto vamos a pagar un precio muy alto... Para un poco, dedícale el tiempo que puedas al libro». A pesar de tener conciencia plena de lo que significa en Cuba trabajar por los derechos humanos y la democracia con honestidad e independencia, sabiendo del inmenso peligro que corría, de las amenazas contra su vida proferidas por la Seguridad del Estado, y del aumento de la vigilancia sobre nosotros, cuán lejos estaba yo de imaginar, cuando le dije aquello, que en pocos meses sería la muerte el precio que le anuncié aquel día.

Y fue así que Oswaldo logró por fin terminar este libro. Lo hizo al tiempo que elaboraba documentos públicos, a nombre del Movimiento Cristiano Liberación, donde defendía siempre la verdad y los derechos de los

más pobres y marginados, contra aquellos poderosos que, amparados en las desventajas que como ciudadanos tenemos los cubanos, tratan ahora de fabricar un falso nuevo orden dentro del sistema, al que él denominó el Cambio Fraude.

Mi esposo Oswaldo Payá vivió en coherencia con su pensamiento. Asumió las limitaciones, exclusiones y discriminaciones que sufren todos aquellos que en Cuba no se someten ni por el chantaje, ni por el miedo. Sabía de los riesgos que conlleva buscar la verdad y la justicia, sobre la base del perdón auténtico y la reconciliación, dentro de un régimen que se cree dueño absoluto de la vida de cada ciudadano y al que solo le interesa conservar el poder a toda costa.

Por eso a finales de 2002, en su discurso de aceptación del Premio Sájarov a la Libertad de Conciencia, en el Parlamento Europeo, Oswaldo Payá expresó: «La primera victoria que podemos proclamar es que no tenemos odio en el corazón, por eso decimos a quien nos persigue y a los que tratan de dominarnos: *Tú eres mi hermano, yo no te odio, pero ya no me vas a dominar por el miedo, no quiero imponer mi verdad ni que me impongas la tuya, vamos juntos a buscar la verdad.* Esa es la Liberación que estamos proclamando».

Yo, y también todos los que lo conocieron, sabíamos que él había escogido libremente ese camino como consecuencia de su fe en Jesús. Y, como Jesús, que Oswaldo estaba dispuesto a dar su vida luchando por dejar a sus hijos y a su pueblo un mundo mejor al que él encontró. Oswaldo tenía la certeza absoluta de que es posible y es lo que Dios quiere para todos nosotros. Esa era también la certeza que motivaba la vida de Harold Cepero: su vocación política al servicio de su pueblo lo llevó a abandonar el Seminario donde estudiaba para sacerdote y retornar al MCL. Harold solía acompañar a Oswaldo en los viajes por casi todo el país, a medida que iba creciendo y consolidando su liderazgo dentro del Movimiento.

Cuando la tarde del 22 de julio de 2012 recibí desde Madrid la noticia de lo que le había ocurrido al auto en que Oswaldo Payá y Harold Cepero viajaban, mi corazón supo inmediatamente lo que mi mente se negaba aceptar, porque siempre pensamos que a las personas que amamos nada malo les puede ocurrir. Pero ya todo estaba previsto aquella tarde por los asesinos desde el poder.

Mis hijos quedaron huérfanos. Los padres de Harold perdieron a su querido hijo mayor. El Movimiento Cristiano Liberación perdió a su fundador y Coordinador Nacional, y a uno de sus jóvenes más queridos y prometedores, miembro también del Consejo Coordinador.

La oposición pacífica perdió ese día a un líder genuino, el arquitecto e impulsor principal del Proyecto Varela, quien siempre defendió a la oposición como la auténtica vanguardia en la lucha por los cambios, más allá de calumnias y suplantaciones, y quien siempre buscó caminos, no siempre debidamente reconocidos, de unidad y de consenso. Ahí están las iniciativas ciudadanas Todos Unidos, Base Común, Unidad por la Libertad, y Unidos en la Esperanza, un fruto del Diálogo Nacional.

El pueblo de Cuba perdía ese día al luchador incansable por el derecho a los derechos de todos los cubanos. Un hombre que siempre mantuvo la esperanza y la confianza en su pueblo, la certidumbre de que entre todos podemos decidir, diseñar y construir un futuro de libertad y paz «en esta tierra hermosa que Dios nos dio», según sus propias palabras.

En cuanto a mí, yo perdí al hombre maravilloso con el que decidí compartir para siempre mi vida.

Ahora no contamos con su voz, la que nos trasmitía esos mensajes llenos de optimismo y esperanza que tanto nos animaban, pero en este libro suyo Oswaldo Payá nos invita a mirar hacia el futuro con confianza, a mantener viva esa esperanza, y darnos cuenta de que podemos por nosotros mismos salir del marasmo donde la dictadura cubana quiere vernos hundidos. Porque la solución está en nuestras manos. Porque el Camino del Pueblo ya está trazado.

Ofelia Acevedo Maura
La Habana, 22 de noviembre de 2012

AGRADECIMIENTOS

Somos pocas las personas que conocíamos que mi esposo estaba escribiendo un libro. Inicialmente solo yo, y mi trabajo consistía en animarlo, fundamentalmente. Durante este periodo Ernesto Martini (Fredy) con infinita paciencia, escribió las lluvias de ideas que Oswaldo le dictaba. Gracias, Fredy.

Cuando Oswaldo lo dio por finalizado, fue una amiga nuestra, que prefiere el anonimato porque vive en Cuba, siempre tan discreta y tan capaz, quien lo acogió en sus manos para organizarlo y revisarlo. Ella le dedicó muchas horas de agotador trabajo, según los criterios por él orientados, y entre ambos trabajaban para ponerlo a punto, cuando ocurrió el atentado contra Oswaldo. Pasado un tiempo, decidí que era muy necesario terminar su trabajo y darlo a conocer, y me incorporé como pude a dicha empresa, pero fue ella la que magistralmente logró completarlo y ordenarlo, respetando con sumo cuidado no alterar las palabras ni el mensaje que quería transmitir Oswaldo en su libro. Ella sabe que mis hijos y yo le agradecemos mucho todo el tiempo que dedicó.

Qué decir de nuestra querida amiga María Cristina Pulido, a ella le tocó la revisión final. Te agradeceremos siempre las noches que dejaste de dormir para revisarlo una y otra vez, en los únicos momentos que podías dispensar. Gracias por tu fidelidad, cercanía y acompañamiento a nuestra familia. No tenemos forma de compensar tanta disponibilidad. Por todo, gracias, Mary.

También a nuestros amigos y editores Juan Carlos Nieto y su esposa Mar Bermejo. Ellos, con mucha generosidad, hicieron todas las correcciones ortográficas y tipográficas, y finalmente editaron excelentemente este libro. Gracias amigos míos, por su trabajo y sus afectos.

Gracias al pequeño grupo de religiosas y sacerdotes que conocían de esta empresa, y quienes, con sus oraciones y acompañamiento, aportaron la alegría y la fortaleza necesarias para concluir esta obra, en medio del dolor que nos embargaba. Siempre están en nuestro corazones.

Gracias por adelantado a las personas que harán posible su publicación, los que conozco y los que no, mil gracias por todo.

Gracias al Señor de la Historia, que escribe derecho en renglones torcidos. En sus manos ponemos el inmenso esfuerzo que es este libro, escrito, finalmente, con mucha premura y terminado de un tirón, como quien presiente que se acerca la hora del poder de las tinieblas.

Ofelia Acevedo Maura

MI INTENCIÓN:

UNA REFLEXIÓN SOBRE CUBA EN ESTE MOMENTO CRUCIAL

Tal como dice el título de este libro, el pueblo de Cuba llega a este momento crucial de su historia teniendo ante sí, y viviendo, peligros y esperanzas.

Peligros, porque después de vivir esta experiencia de 53 años sin libertad, y en el momento de los cambios, el régimen sigue negando sus derechos y trata de imponer un cambio que es una nueva alteración. Este «cambio» es una deformación más, donde los pobres quedan pobres y los nuevos ricos más ricos y ricos únicos, todos sin derechos, ni libertad ni democracia.

Al mismo tiempo hay esperanzas, y de eso trata este libro. Porque sí hay alternativas de cambios auténticos hacia la libertad, hacia la democracia y hacia una sociedad más justa y humana, la cual podemos construir entre todos.

El peligro aumenta con el tiempo porque el régimen impone el cambio falso o deformado, valiéndose de toda la desventaja acumulada en el pueblo cubano en 53 años: la desinformación, el miedo hecho cultura, la pobreza, la dispersión, la desconfianza, la atomización, el síndrome de indefensión, la ausencia de sindicatos libres y organizaciones estudiantiles que respondan a la voluntad de sus miembros, la negación del derecho al pluripartidismo, un sistema legal elaborado para negar muchos derechos y un sistema de represión, control y vigilancia todavía eficaz. Se vale del miedo al régimen, del miedo al cambio, de la pobreza de la mayoría, de todas las deformaciones sembradas y mantenidas durante estos años por el propio régimen.

Entonces, el pueblo cubano tiene que preguntarse: ¿Qué pasó? ¿Qué era bueno y malo? ¿Qué potencialidades tenemos? ¿Por qué las cosas son así ahora?, e inclusive, ¿por qué somos o actuamos así? Una terapia eficaz, una solución justa necesita de la toma de conciencia del daño, de las causas del daño y de la posibilidad muy real de superarlo. Pero también es necesario denunciar ante cada uno de nosotros, ante todo el pueblo y el mundo, que 53 años sin libertad están siendo usados como recurso desleal para sen-

tenciarnos a un futuro sin libertad. Es como una de esas galeras donde los remeros, con su esfuerzo, permiten que el barco avance, pero no pueden decidir el rumbo del mismo porque son esclavos y están en las fosas sin poder subir a cubierta. Entonces es el momento de cambiar el rumbo del barco, su tripulación y su comandante o capitán. Estos han mantenido a los pasajeros, que son los mismos remeros, esclavizados y sin poder decidir. ¿Por qué? Porque el nuevo rumbo que impone esa vieja tripulación y sus sucesores tampoco lleva a la libertad.

El libro no es toda la historia ni un tratado de cada tema. Existe la tentación, cuando se habla sobre cualquier tema de Cuba, de hilvanar asunto con asunto y querer decir todo de todo y decir todo de todos los tiempos. El ambicioso objetivo de este modesto libro es el de ayudar a descubrir que sí podemos vivir el proceso de liberación y reconciliación, y caminar al futuro en paz.

Más que hablar de partes, es importante que el lector transite sucesivamente cada tema y el conjunto, preguntando y dando respuesta a estas preguntas que propone el texto: Cubanos, ¿dónde estamos ahora? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Adónde nos quieren llevar ahora? Y, ¿dónde queremos ir y cómo podemos ir?

El libro no es una revelación de sucesos alcanzados mediante la obtención de información sobre lo que se mueve o se movió en las altas esferas del poder, ni sobre chismes de palacio, porque de ninguna manera es esa mi esfera y nunca he tenido acceso a esos ámbitos. Ya mucho se ha hablado; digamos que hay saturación de libros y otros trabajos que tratan sobre los jerarcas del comunismo en Cuba, sobre la vida o muerte de Fidel Castro y sobre el mundo del palacio y los estados mayores. Todavía se hablará más, pero no en este libro.

Aquí hablaremos de lo que ha sufrido, soñado y vivido el pueblo. Porque este libro está escrito desde la vivencia de pueblo, de las víctimas y de su resistencia a los opresores. No tengo otra experiencia que la del cubano que ha vivido en Cuba con cada limitación, miedo y sueño de otros cubanos de a pie, y si tengo otra experiencia es la de rebelarme contra esa dominación.

Lo he escrito desde lo que hemos vivido y sufrido como seres humanos, y desde la esperanza de libertad y el espíritu de reconciliación y liberación que ya experimentamos los cubanos. Los cubanos de a pie, para decirlo más preciso.

Aunque el libro las contiene, vamos aquí mucho más allá de las descripciones, los relatos, los lamentos y las denuncias. Hay reflexión, análisis para facilitar lo que he llamado una «autoterapia».

Esta vez miramos al futuro con determinación. Tenemos una visión del cambio y del futuro, sabemos qué hay que hacer, cómo lograrlo, y que es posible lograrlo. Sí hay caminos pacíficos para el cambio donde los cubanos, con nuestra propia «autoterapia», nos curamos, donde reconociendo a cada cubano como hermano nos abrimos a la reconciliación y a la solidaridad, donde renaciendo en la esperanza nos levantamos y donde por amor a nuestros hijos, a la libertad y a la Patria, caminamos hacia los cambios y logramos, sin odio y sin miedo, nuestra liberación.

PREÁMBULO

Señoras y señores: aclárenme ustedes si comprenden mejor, pues no puedo conciliar la imagen que ofrece el gobierno sobre lo que era Cuba antes de la Revolución con el hecho de que, entonces, hubiese algo más de seis millones de personas vivas en este país.

Si los ricos eran una minoría, acaso unos miles, y si solo unas decenas de miles de habitantes pertenecían a la clase media, según dicen, no me explico: ¿Cómo los cubanos comían, tomaban agua y viajaban?, ¿dónde vivían, pues solo unos pocos tenían casas?, ¿cómo no se murieron todos de enfermedades si la atención médica era solo para los que pagaban?, ¿cómo había música y fiestas? y ¿cómo se vestían, pues casi todos debían andar con harapos excepto los ricos?

De verdad que no me explico, siguiendo esa versión de la historia que me repiten desde hace 53 años, cómo la gente leía los anuncios y los catorce periódicos diarios que había tan solo en La Habana, pues, según cuentan, casi nadie sabía leer porque apenas había escuelas, y la mayoría de estas eran solo para ricos. ¿Cómo había tantos negocios y comercios, si los pobres no podían comprar nada y vivían, si es que vivían, todos en chozas? ¿Cómo se sostenían tantas emisoras de radio y canales de televisión, si solo unos pocos ricos las escuchaban y veían? Creo que había más de 25 emisoras de radio y cinco canales de televisión en La Habana. Seguramente eran para hacer «propaganda y trabajo» ideológico para la dictadura de Batista. Me pregunto si serían como las mesas redondas que transmite la televisión ahora pero, claro, para apoyar la dictadura de Batista.

No sé ni cómo Cuba era un país, pues posiblemente, según esa versión «socialista» de la historia, todo se hubiera paralizado y la mayoría de la gente habría muerto.

Además, por lo que han enseñado en las escuelas y la propaganda revolucionaria, en aquel tiempo casi nadie era decente; la mayoría de las mujeres, que eran pobres, tenían que prostituirse para alimentar a sus hijos. ¡No entiendo

nada! ¿Cómo se entretenía la gente si no tenía posibilidad de ir al cine, ni de tener radio ni televisión, ni de ir a bailes, pues estaban harapientos, ni de tomarse un refresco ni una cerveza porque nadie, excepto los ricos, tenía nada?

Y si hoy un refresco cuesta el salario de un día, entonces, seguramente, debía ser mucho más caro. Cuba, según afirman los ideólogos comunistas, que lo saben todo, era un gran prostíbulo y todos los comerciantes y funcionarios eran corruptos y ladrones; por eso la «Revolución» les quitó todo. Así que la Isla sería un caos donde todos los que podían andarían con pistolas y tirando tiros para imponer orden.

¿Cómo es que hay tantas y tantas casas y edificios bien hechos, bonitos y duraderos, y tantas ruinas?; muchas ruinas de lo que parece fueron instituciones, comercios, tiendas, fábricas, cines, escuelas, pueblos y barrios enteros. Ruinas de líneas de ferrocarril, de centrales azucareros, de casas de viviendas, de edificios de apartamentos, de conventos e iglesias que, según dicen, son de «antes de la Revolución». ¿Cómo hicieron todo eso en aquella sociedad llena de corrupciones e injusticias? Una resistencia sin igual del cubano frente a la erosión destructiva del comunismo.

¿Qué hacía la gente cuando se casaba, si no había permutas ni se construían barbacoas de dos pisos dentro de un apartamento de una sola habitación? ¿Cómo no se moría de tristeza al no tener una casa de una habitación donde vivir con sus padres, abuelos, hijos y nietos? ¿No? Hasta que llegó la Revolución y, según afirman los que dictan esa versión de la historia, todo fue creado.

Seguramente en tiempos de Batista muchos más cubanos huían clandestinamente en lanchas y balsas por la madrugada, porque seguramente el Departamento de Inmigración de aquella dictadura les negaba el permiso de salida o la tarjeta blanca, si es que era blanca en ese tiempo. Y seguramente para que los cubanos pudiesen salir del país debían pagar un impuesto mucho más alto que ahora, porque si ahora cobran 3.600 pesos, que son 150 CUC, que es el sueldo de 10 meses de un trabajador hoy día, el Departamento de Inmigración del gobierno de Batista, que era malo, cobraría mucho más por el permiso de salida, si es que lo daba. ¿O no? ¿Cómo era?

Ciertamente, antes de 1959 había pobreza, no pocos vivían en pobreza extrema, es verdad que no tan masivamente como ahora en el 2012, ni vivían con tanto hacinamiento, ni existían tantos barrios marginales, pero sí había pobreza, miseria y mucha. Ni había tanta prostitución como ahora, pero la había y era horriblemente penoso, no como ahora, que es un verdadero estatus social, pero la había. Casi tanto desempleo como ahora había, pero no tanto. Era extraordinario que en una familia hubiese algún preso y, sin embargo, ahora es extraordinario que haya una familia cubana en la que no haya estado alguien preso alguna vez. Muchos tra-

bajadores explotados había. Entre estos, muchos jornaleros agrícolas y empleadas domésticas que no podían levantar la mirada ante sus jefes, que se comportaban, no todos, como amos posesivos. Aquello tenía que acabarse, tenía que ser superado porque era injusto y verdaderamente inhumano y humillante. Pero ahora, 53 años después de haberse realizado una revolución cuyo fin, según los que la llevaron a cabo, fue «acabar con la pobreza y las desigualdades», hay más pobres, más pobreza y más desigualdades. Lo que ocurre ahora, a diferencia de aquellos tiempos, es que los pobres de ahora son tan pobres que ni siquiera pueden decir que son pobres.

La pobreza que sufrían muchos en las ciudades y en las zonas rurales era verdaderamente despiadada. Aunque había programas de maestros rurales y de ciertos servicios médicos, lo cierto es que los niveles de analfabetismo eran altos en esas zonas. También había muchos habitantes de las zonas rurales intrincadas y de la periferia de los poblados que, en materia de salud pública, sufrían un total abandono. Niños famélicos llenos de parásitos, familias enteras vestidas con harapos y descalzas, viviendas primitivas que eran verdaderas chozas, y la sentencia de por vida a vivir en esa pobreza sin esperanzas. Pero lo más cruel, si es que puede haber algo más cruel que eso, eran los abusos de los que eran víctimas por parte de personajes propietarios o usurpadores de tierra que les explotaban. El apoyo de la fuerza pública o de la Guardia Rural a este abuso no estaba institucionalizado, ni podemos decir que era general, pero sí bastante extendido; por algo la mala fama y la impopularidad de esa Guardia Rural entre los campesinos y ciudadanos, en general, de la época anterior a 1959.

La Revolución trajo una esperanza para esas multitudes, dispersas en todo el país pero multitudes al fin y al cabo, de pobres que vivían en el abandono. Se construyeron escuelas o se hizo llegar un maestro hasta las zonas más alejadas de los poblados; se construyeron policlínicos y se extendió el sistema de salud primaria y secundaria de manera que alcanzara hasta a la familia que viviera en las zonas más remotas. A esto se le sumó el servicio hospitalario gratuito que, con sus defectos y limitaciones, ya fue accesible a todos los que lo necesitaban, aunque a veces distantes de sus domicilios. Se incluyó, con el tiempo, un programa materno infantil que monitorizaba y atendía a las embarazadas para asegurarles un parto exitoso y el cuidado neonatal. En los primeros años, se realizó una Reforma Agraria que convirtió a muchos arrendatarios en propietarios, o más bien en un tipo de usufructuarios, pues no podían vender esas tierras. Las complejidades de esta Reforma Agraria, sus luces y sombras, son materia de todo un trabajo más exhaustivo que otros han realizado y no es objeto de este libro, pero el caso es que millares de familias se beneficiaron de ese proceso. Si algo estaba claro y si algo, al paso de los años, está cada vez más claro para todos, es que en Cuba no deben volver jamás ese tipo de abusos de fuerza contra el pobre.

Eso no niega que hay ahora en 2012 abuso, explotación, represiones y abundantes prohibiciones normadas, legalizadas o no, pero en todos los casos fruto de la «política oficial» que ha sumergido a multitudes en la pobreza y en un estado de vida marginal en barrios insalubres, o en el hacinamiento y la insalubridad en las propias ciudades. En este texto se describe más de una vez esta situación. Antes de avanzar, recordemos lo que ya afirmamos: el peor problema de los pobres en Cuba es que no tienen voz para decir que son pobres y, si lo dicen, hieren al régimen, y eso es convertirse en objeto de más represión. El panorama en muchas zonas rurales es de muchas personas mal vestidas o vestidas de la manera en que en cualquier país visten los mendigos y ¡cuidado no peor!; de cinturones de chozas o casas improvisadas que muchas veces son derribadas de manera inhumana por las autoridades usando *bulldozer* y fuerza policial; de miles de jóvenes y no tan jóvenes sentados en las aceras, en los parques y las orillas de las carreteras, sin trabajo y sin oportunidades. Muchos pobres, más que nunca, y mucha pobreza muy despiadada, ya que es la pobreza impuesta por la falta de oportunidades y por las prohibiciones que al final han determinado grandes diferencias entre una nueva clase rica minoritaria y otra multitudinaria pobre, en la que se incluye la mayoría de la clase trabajadora.

El régimen comunista chino en su cinismo opresivo ha proclamado «un país, dos sistemas» como vía para que los jerarcas sean los nuevos «supercapitalistas» poderosos dentro del totalitarismo, es decir, dentro del comunismo salvaje, híbrido de lo peor del capitalismo y la ausencia de derechos civiles y políticos del comunismo.

Pero el régimen totalitario en Cuba encontró la fórmula impudicamente aplicada de «dos países, dos Cubas y un solo sistema». Una Cuba llena de miserias y limitaciones y sin oportunidades para los trabajadores y para la mayoría pobre, y otra, cada vez más cínicamente exhibida, de una minoría con todo el poder y todos los privilegios, que ahora ya se asoma como los nuevos capitalistas, sin control ni conocimiento de la ciudadanía. Decimos esto sin odio de clases, ni odio de ninguna clase, pero denunciando la injusticia y la ceguera con que es sostenida. Como veremos, a esta modalidad de capitalismo salvaje ligada al comunismo bajo la consigna de «socialismo o muerte» se le puede llamar «el capicatrismo». Hay algo aquí que no corresponde. Valdría la pena preguntarnos: ¿Qué pasó con todo? y ¿cómo fue que llegamos aquí?

IMÁGENES DE UNA HISTORIA

SECUENCIA I

ÉPOCA PRERREVOLUCIONARIA

Lo primero que hay que aclarar, para que los jóvenes conozcan y los no tan jóvenes recuerden, es que la negación a los cubanos del derecho a salir de Cuba y entrar libremente, y todos los mecanismos de extorsión, control, restricciones y prohibiciones, son un aporte de «la Revolución». Antes de 1959 los cubanos entraban y salían de Cuba cuando querían y sin pedir permiso ninguno y por el tiempo que querían, aun en las otras dictaduras que sufrió nuestro querido país.

Después del golpe de estado de Batista el 10 de marzo de 1952, se produjo una gran frustración en el pueblo porque, cualesquiera que fueran los antecedentes políticos, en Cuba, aunque no perfectamente, funcionaron el sistema democrático y la sucesión por elecciones desde el año 1940. En ese año se aprobó una nueva constitución muy avanzada en materia social y muy precisa en materia de derechos ciudadanos y de libertades individuales. Todavía se invoca como «la Constitución del Cuarenta».

Sobre esta etapa de la dictadura de Batista y la revolución que les hizo huir, han hablado muchos testigos e historiadores. Fue violenta y los intentos de solución por las vías cívicas eran ahogados por la represión de aquella dictadura o por las acciones de numerosas agrupaciones que se enfrentaban a Batista con métodos violentos. Una de las estrategias revolucionarias fue la guerrilla en las montañas del oriente del país y también en las provincias centrales. Otra fue la llamada lucha clandestina en las ciudades, que fue tomando auge en las ciudades de La Habana y Santiago de Cuba principalmente, pero también en otras ciudades y pueblos.

Esta última lucha organizada, conocida históricamente como «la clandestinidad», al igual que la guerrilla dirigida por Fidel Castro, incluía la

lucha contra el ejército, atentados contra militares y políticos, sabotajes en el sector agrícola y en las ciudades, y podía incluir desde la quema de un campo de caña hasta una bomba en el baño de un cine, pasando por la voladura de las vías que suministraban agua potable a la ciudad.

Desde mi punto de vista, en Cuba no hubo insurrección popular. Esto no disminuye el valor de los que se enfrentaron con las armas a la dictadura de Batista, pero no hay que decir que fue masivo. Sus protagonistas saben que no eran muchos los que se enfrentaron en desigualdad numérica y de medios a un ejército no muy grande y de no muchos recursos y minado por la corrupción interna, pero de muchos más recursos y soldados que la guerrilla.

No se puede afirmar que todos los militares participaban de esa corrupción, pero sí que ese ejército y ese poder se desmoralizó porque defendía un poder inconstitucional e ilegítimo dirigido por jefes (no todos) que hasta en la represión y en la guerra contra los insurgentes fueron corruptos. Por vender, llegaron hasta a venderle a sus adversarios rebeldes armas e información sobre movimientos estratégicos y tácticos, hubo casos en que vendieron hasta la sangre de sus subalternos.

No juzgo las intenciones que tenían cada uno de los revolucionarios, pero puedo decir que ha habido una parcialidad al hablar de las víctimas de ese proceso. Esto ha llevado a una moral de cliché, en la que si una persona moría poniendo una bomba en un cine era un héroe, pero si un soldado joven parado en su posta, era liquidado por un ataque revolucionario, según esta «moral», era un «casquito» de la tiranía, sin padre o madre o nadie que llorara por él. Pero a la altura de los años considero que ya es hora de pensar que esos también eran seres humanos con padre, madre, hijos y seres queridos, al igual que los revolucionarios, que también fueron muchas veces aniquilados en combate, y otras después de ser capturados y salvajemente torturados por las fuerzas represivas, que no en pocos casos los asesinaban cuando ya no había más dolor que causarles.

De alguna manera, los hijos de la generación inmediata posterior a esos sucesos y testigos de los sucesos que siguieron podemos decir: de ese golpe de estado, de la violencia para derrocar a la dictadura que vino, de la que se instaló para afianzar y mantener la nueva dictadura (que ya tiene más de medio siglo), de la violencia que se hizo después para derrocar sin éxito a esta otra, nunca vino ni la libertad, ni la justicia, ni la democracia, ni la paz. No es este libro un tratado sobre la no violencia ni tampoco sobre la eficacia de la violencia, porque no creo que el fin justifique los medios. Pero el pueblo de Cuba ya tiene acumulados, en sobreabundancia, dolor y frustraciones por ser víctima de engaños, de violencias supuestamente

liberadoras y de violencias para sostener regímenes que le arrancaron su vida y sus derechos. Suficiente para decir: «Nunca más la violencia, hagamos otro camino».

Si bien aquella tiranía, la de Batista, al igual que esta, era inhumana con sus adversarios, esta, desde antes de tomar el poder, deshumanizó el juicio contra la otra parte; es decir, el lenguaje y la manera de presentar los eventos sangrientos suponían a los soldados y agentes de Batista como entes cuyas muertes no había que lamentar. Esto se extendió después en los juicios inmediatos al triunfo de la Revolución, en los que se condenaba a muerte a miles de personas, unos culpables de crímenes, otros verdaderamente inocentes. Muchos fueron fusilados; algunos antes de los juicios que se redactarían después de los fusilamientos.

Entrar en este tema puede traer muchas polémicas, pero creo que, para poder vivir un verdadero proceso de reconciliación, es un paso ineludible reconocer la humanidad, es decir, la condición humana, de todas las víctimas de un conflicto que dura hasta ahora.

La dictadura de Batista, como todas las dictaduras, no tenía ninguna razón de ser. En enero de 1959, se derribó ese poder tiránico, que fue ocupado por otro poder tiránico en nombre de la Revolución, pero no para establecer la democracia ni construir la justicia, sino para instalar en el poder a una familia (Los Castro) por encima de los ideales, inclusive, de aquellos que dieron la vida en esa Revolución.

Batista usó la fuerza para instalar su poder y beneficiar a un grupo de militares y amigos, convirtiendo el gobierno en un sistema de clientela política donde robar los recursos públicos era el beneficio directo del ejercicio del poder político, aunque no fueran así todos los funcionarios y militares. El ejercicio de este poder, además de corrupto y represivo, era mediocre.

Sin embargo, el país funcionaba por el enorme mecanismo autónomo que la sociedad cubana había creado durante muchos años. Funcionaba la economía gracias a la mayoritaria pequeña empresa familiar, a las grandes empresas y a millones de trabajadores de todo tipo en la ciudad y en el campo. Funcionaba por el sistema público de salud y educación y otros servicios atendidos por empleados y profesionales, maestros y funcionarios dedicados, honestos y con altísima calidad de trabajo.

En la sociedad cubana, aun sin las libertades políticas que faltaron durante las dictaduras de Machado y Batista, se había desarrollado una verdadera cultura de la libertad que no se puede reducir a términos políticos. Hablamos de la mentalidad abierta del cubano y de un ejercicio constante de su iniciativa privada, de la prensa libre, de la palabra libre, de la creación

artística riquísima, de la movilidad sin limitaciones, de la inventiva y de la innovación, del emprendimiento para crear lo suyo, lo propio, lo de la familia, sin negar la solidaridad, la caridad y el sentido patriótico.

De ahí las huellas de las numerosas, grandes y pequeñas obras privadas, sociales y estatales que se pueden ver, muchas en ruinas, en nuestros pueblos, carreteras, bateyes y ciudades, donde la demostración de lo que digo brota a cada paso a la vista de cualquier observador cubano o extranjero. Todos se preguntan: ¿qué habrá pasado aquí? Y todos afirman: ¡Cuánta obra hermosa y cuánta obra productiva tuvo que haber en Cuba!

Una cultura afirmada en las posibilidades de moverse a cualquier lugar, dentro y fuera de Cuba, con una moneda, el peso cubano, que era más fuerte que el dólar. Me refiero a una sociedad organizada con un gran sentido de la educación formal, no a una sociedad solo definida y comprimida por reglamentos o preceptos, sino más bien por las buenas costumbres y la decencia de la mayoría, pobre o rica. Todas estas virtudes hacían de nuestra Isla un lugar donde existía el orden y el respeto entre las personas y en la que el cubano y el extranjero sentían el espacio abierto para vivir sin muchas prohibiciones.

Esta cultura de la libertad en la sociedad cubana no pudo ser neutralizada por los prejuicios raciales y prácticas racistas humillantes de algunos sectores de la sociedad, ni por las limitaciones y la represión del gobierno de Batista. Tampoco ha podido ser anulada totalmente por el régimen comunista, pero hay que decir que el golpe de estado y la dictadura de Batista atentaron contra esta cultura de la libertad al suprimir algunos derechos civiles y políticos y el de elecciones democráticas.

SECUENCIA II

LOS PRIMEROS DÍAS DESPUÉS DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

Algo que me llama la atención en la historia, y que confirma la autonomía de la sociedad cubana, es que el país continuó funcionando, sobrevivió sin gobierno.

Batista se va en la madrugada del 1 de enero de 1959. Salieron en estampida muchos funcionarios, ministros, altos oficiales y los familiares más cercanos de estos. El país quedó, en la práctica sin administración central y sin muchas administraciones locales, quedó sin gobierno. Fidel Castro entró en Santiago de Cuba el 2 de enero de 1959 y en La Habana el 8 de enero. Todos pudieran pensar que el país sería el caos y que el desabastecimiento sería general y tétrico, pero nada de eso. Salvo alguna discontinuidad de días, más bien de horas, en el país continuó funcionando todo. La electricidad y el agua no faltaron, las bodegas siguieron vendiendo alimentos excepto algunas horas de huelga convocada por Castro el 1 de enero. Funcionó el correo, que era estatal, las casas de socorro y los hospitales estatales y privados, los restaurantes y bares, la zafra azucarera, la industria, el transporte público. La vida no se detuvo.

Era muy fácil para el grupo de Castro solo ocuparse de tomar el poder político y desmontar lo que quedaba del otro gobierno porque había una sociedad que funcionaba por sí misma, en automático. Algo que en los primeros años y en poco tiempo, como veremos, el nuevo poder revolucionario se ocupó de destruir y desmontar. De esta manera, desde el agua para tomar hasta la leche de los niños, el transporte, el pan, sin excepción la ciudadanía dependería ahora del gobierno y, con el tiempo, del Partido Comunista. El triunfo de la Revolución se encontró que la cultura de la libertad sería su aliado inicial, pero un aliado al que trataría de extinguir en

poco tiempo, pues esa era su misión oculta. Pero la instalación del régimen de Fidel Castro desde el primer día atentó contra la esencia misma de la cultura de la libertad del pueblo cubano al tratar de dominar y controlar todos los aspectos de la vida de los cubanos. Sin embargo, puede hablarse de una resistencia de los cubanos por mantener viva esta cultura de la libertad que, aunque ha sido grave y profundamente dañada, aún no se ha rendido ni ha sido definitivamente derrotada en este duelo entre el poder y el espíritu (el poder opresivo y el alma humana).

Sí, ha sido un verdadero duelo entre dos partes bien definidas. Por una parte el cubano luchando porque sobreviva su riqueza espiritual, su carácter emprendedor, su alegría y espontaneidad, su solidaridad humana, religiosidad y fe, «su deseo de vivir», su obsesión por moverse y conducirse libremente y por hacer prevalecer la cultura de la libertad incubada durante siglos en nuestra historia. Por la otra parte, el régimen de Fidel, y ahora de Raúl Castro, imponiendo el miedo, las prohibiciones e intromisiones hasta en lo más íntimo de la vida, y múltiples condicionamientos. Los que ahora caracterizan a Cuba como país de mulatas lindas, buen ron, cubanitos simpáticos y ocurrentes, salsa y playas bonitas, están viendo solamente lo que pueden disfrutar abusando de la desventaja que, por falta de derechos y libertad, tiene el pueblo de Cuba.

Es el momento para dejar bien claro que aquel proceso en contra de la dictadura de Batista, que finalmente la derrotó, no empoderó al pueblo. No le dio el poder a los ciudadanos, sino al contrario, concentró, con un sistema calculado para ese fin, todo el poder político-militar, todos los poderes administrativos y cuanto poder y control se puedan tener sobre una sociedad, en un solo hombre. El ciudadano fue instrumento de los nuevos gobernantes para desmontar todo el poder de la tiranía anterior y todos los poderes de los diferentes sectores sociales, aunque esos sectores, como la prensa, los pequeños negociantes, trabajadores, vecinos, estudiantes y propietarios entre otros, no estuvieran directamente ligados a esa tiranía. El comunismo privó a todos los sectores sociales de su poder cívico, de sus espacios y, cuando no pudo fagocitarlos, los anuló.

Como intento demostrar en este libro, en 1959 comenzaba un proceso mucho más profundo en el que hasta lo más normal, lo que se había logrado en siglos por esta sociedad, inclusive a nivel cultural, comenzó a desmontarse. Todo quedaría bajo control de Fidel Castro. Los militares, los intelectuales y todos los ciudadanos tendrían que ser incondicionales a su poder o no podrían sobrevivir políticamente y en algunos casos ni siquiera físicamente. El poder que comenzaba a instalarse rápidamente estableció controles sobre

todas las actividades sociales, culturales y económicas. Trató de dominar la religión, la juventud y hasta el alma de cada cubano, pero esto no lo logró totalmente. Entonces desató su persecución implacable contra lo que no podía someter y contra todo el que se resistió a esa dominación. Esta dominación se instauró primero bajo el signo de «la patria y la revolución»; después, de «el socialismo y el comunismo», y prosigue así hasta hoy que estoy escribiendo este libro. Fue, y es, un proceso con el terror de fondo, para absorber todos los espacios que, en toda la historia de Cuba incluyendo la colonia, ningún poder político pretendió controlar y dominar de forma tan absoluta. Definitivamente se instalaba el totalitarismo.

SECUENCIA III

DESARROLLO DEL PROCESO, LOS DÍAS Y AÑOS SIGUIENTES (LA FRUSTRACIÓN)

Después de 1959, muchos de los que pelearon contra Batista y apoyaron de cualquier forma la Revolución se decepcionaron por diversas causas, pero las más manifiestas fueron: no corresponder a la incondicionalidad absoluta que Fidel Castro exigió para su persona desde siempre y percatarse de que el ideario revolucionario de reinstaurar la Constitución de 1940, superando las injusticias existentes, había sido traicionado al comenzarse a instalar un régimen totalitario comunista entregado a la geopolítica de Moscú.

Este asunto de la incondicionalidad funcionaba implacablemente. Los que manifestaban alguna diferencia eran apartados o encarcelados con cualquier argumento, según el nivel de los asuntos y los cargos. Estas «exclusiones» comenzaron a aplicarse contra muchos de los que lucharon en la Sierra Maestra o en las ciudades o de cualquier manera contra Batista.

Muchos de estos luchadores revolucionarios tuvieron que exiliarse tempranamente. Otros fueron encarcelados y no pocos pagaron con sus vidas. Algunos disimuladamente se apartaron poco a poco, otros lo hicieron por el camino pero ya a costa de desertar durante un viaje al exterior o escapando de la Isla por diversos medios. Se cerraba cada vez más el círculo. Otros permanecieron con pasión, fidelidad o simulación, ¿quién lo sabe? Algunos de estos personajes históricos, que han permanecido, son de la élite del alto nivel del poder y disfrutaban de su pertenencia a la nueva clase mientras no caen en desgracia política.

En poco tiempo comenzaron a crearse nuevas organizaciones opositoras que produjeron acciones contra el gobierno de Fidel Castro, la mayoría violentas y con los mismos métodos con que se había hecho la Revolución:

alzamientos en las montañas, sabotajes y atentados. Era la experiencia de lucha inmediata anterior. Es más, en Cuba casi no había otra que la violenta. Una metodología muy similar a la usada para derrocar a Batista, solo que ahora se les llamaría «contrarrevolucionarios» y ya no serían más clandestinos sino «terroristas». Era significativo que muchos de los que lucharon contra Batista ahora lucharan contra Fidel con los mismos ideales y entereza y con los mismos métodos.

La Revolución triunfante tuvo el apoyo que parecía mayoritario, con himnos, gritos y sueños, con la participación y el aporte generoso y entusiasta de cubanos de todos los sectores: blancos y negros, propietarios y trabajadores, muchas mujeres, jóvenes y viejos, católicos, masones, santeros y protestantes. La Revolución tuvo, en su triunfo, el apoyo de la mayoría de los pobres y también de muchos ricos, periodistas, religiosos e intelectuales que la apoyaron ya desde antes de su triunfo.

Antes y después del triunfo de la Revolución hubo de todo: sueños, amor, heroísmo, pasión, entusiasmo, odio, envidia, pero una vez logrado el triunfo, mucho miedo y total ausencia de la libertad.

Hubo de todo pero nunca libertad. Esa es la paradoja.

No había opción. Podías darle con total autenticidad tu corazón a la Revolución, pero si no se lo dabas te lo arrancaba, dejabas de ser persona para convertirte en un «gusano». Con qué realismo se cumplió aquella frase de Martí en su poema «La Rosa Blanca» cuando dice: «el cruel que me arranca el corazón con que vivo».

El poema en su conjunto es un canto al perdón en su expresión más cristiana. Hoy más que nunca los cubanos debemos escucharlo aun con ese corazón desgarrado.

También con el triunfo de la Revolución se superaron injusticias. Desde el principio se eliminaron prácticas racistas que tal vez pasaban como normales para aquellos que no las sufrían, pero que eran intensamente humillantes. Había parques, como el parque Leoncio Vidal en Santa Clara, donde parecía «normal» que los negros caminaran por la periferia sin tener la «insolencia» de pasear por el interior.

En Cuba, el racismo no alcanzaba el nivel de otros países, pero en ciertas regiones y ciudades, y de parte de ciertos sectores, sí existían prácticas discriminatorias que además de violar la Constitución, violaban los derechos humanos y el sentido más elemental de humanidad.

Por eso estas injusticias terminaron como tenían que terminar, de una vez y en un solo día. Porque en enero de 1959 a nadie se le podía ocurrir decirle a un negro: «usted aquí no puede estar o entrar aquí». Y el pueblo vio

que era bueno, porque eso era verdaderamente bueno. Aunque después surgieron formas de racismo que se mantienen hasta hoy y, aunque humillantes, manipuladoras y discriminatorias, muy pocos se atreven a denunciar.

Comenzaron a superarse los abusos que algunos propietarios de tierras y de negocios ejercían contra campesinos desposeídos y explotados, contra trabajadores, especialmente de pequeños negocios y empleados domésticos que apenas podían levantar la mirada frente a sus jefes. Claro, esto no se puede generalizar porque también existían empresarios y empleadores que trataban con respeto a sus empleados, pero el hecho es que los que abusaban ya no podían seguir abusando y todas estas formas de injusticia se suprimieron en un tiempo relativamente corto.

Terminó aquel abuso pero surgió un nuevo abusador: el Estado cubano, con sus nuevos mandones que ahora exigirían y exigirían al subalterno, levantar la mirada, sonreír y dar gestos de aprobación mientras se les explota.

Fue a alta velocidad que se impuso el lenguaje del odio, no solo contra los miembros de la antigua dictadura, encarcelados, fusilados, marginados, sino que comenzaba otra guerra del poder, como ya mencionamos, contra todo lo que sería incompatible con la revolución socialista y el poder absoluto de Fidel Castro: la religión y la propiedad, pero también con el tiempo, la historia, la familia, la decencia, la juventud, el rock y todo aquello que por su naturaleza llamarían «moral burguesa», y contra todo aquello que representara la libertad e independencia del ser humano.

Profesores de escuelas, artistas, locutores, los nuevos y leales dirigentes sindicales y estudiantiles y hasta los propios gobernantes llegaban a expresarse directamente con ese lenguaje de odio, injuria, infamia y amenaza a la manera del minuto de odio que describe George Orwell en su obra *1984*. Aunque los discursos eran mucho más que un minuto. Un verdadero frenesí de odio contra «los gusanos», contra los imperialistas, una hemorragia de ofensas y de advertencias para intimidar a todos, inclusive hasta a los que compartían las tribunas.

Estas expresiones de terror no eran, ni son, un hecho aislado. Todos sabían y saben que pueden ser preámbulo o advertencia de encarcelamientos, juicios sumarios o largas condenas, expulsiones del trabajo, la universidad o los institutos.

Miles de cubanos gritaron «paredón», que era la petición a coro de fusilamiento, primeramente para los criminales del régimen de Batista, reales o supuestos, y después para los adversarios que surgieron contra Fidel. En general, se pedía «paredón» para cualquier persona que se opusiera al régimen naciente o tuviera la desgracia de ser presentado como enemigo de la Revolu-

ción y reo de muerte. Muchos se embriagaron gritando «paredón», pidiendo la sangre y la muerte para los reos. Así nacieron los primeros actos de repudio en los que una turba pedía «paredón» para una familia vociferando frente a su casa. Pero no era simbólico, pues fusilaban a muchos de verdad.

Creo que ese fue un pecado colectivo que alguna vez tenemos que reconocer como pueblo si es que queremos perdonarnos y reconciliarnos, y no seguir sepultados en una vanidad y una soberbia que es fruto del miedo y la desesperanza.

PERO ALGUIEN YA COMENZÓ, UN CUBANO PIDIÓ PERDÓN

Dramática y conmovedora es la carta de Miguel Ángel Quevedo, director de la revista *Bohemia*¹, a Ernesto Montaner el 12 de agosto de 1969, antes de suicidarse en el exilio. Este periodista, director de la mejor publicación de Cuba y quizás de Latinoamérica, lamenta haber ayudado a construir la mentira de la Revolución y el endiosamiento de Fidel Castro. Pide perdón, algo poco usual, yo diría único en la historia reciente de Cuba. Eso es algo significativo. Ningún cubano ha pedido perdón, o casi ninguno, por haber apoyado a Batista ni por haber sido parte del montaje de la tiranía de Fidel Castro compartiendo acciones injustas o criminales. No soy su juez, pero mi generación ha pagado durante toda su vida estos errores. Ahora tenemos nuestras propias responsabilidades en lo que está ocurriendo, en lo que ocurra y en lo que le dejemos a nuestros hijos. Dios quiera que lo hagamos bien.

Quevedo, denunciando la responsabilidad de muchos en el ascenso y encumbramiento de Fidel Castro al poder, amargamente dice en su carta: «Todos fuimos culpables, por acción u omisión. Viejos y jóvenes, ricos y pobres, blancos y negros, honrados y ladrones, virtuosos y pecadores».

En la revista *Bohemia* se multiplicó por diez el número aproximado de muertos que se habían producido en la lucha revolucionaria. Quevedo afirma en su carta: «Aquella calle contaminada por el odio que aplaudió a *Bohemia* cuando inventó los veinte mil muertos». Aquí confiesa un pecado propio y de otros. Un pecado que el gobierno siguió explotando sabiendo la mentira que envolvía.

Mi opinión es que esta multiplicación de los muertos fue ante todo un desprecio de parte de los propios dirigentes por los muertos que realmente hubo. Porque más allá del número, de un bando y de otro, los que cayeron eran seres

¹ La revista *Bohemia* fue uno de los soportes públicos mayores de Fidel Castro y la Revolución antes de su triunfo.

humanos, cubanos con seres queridos que quedaron marcados con el dolor para siempre. Se comportaron así como si lo importante no fuera la sangre de esas personas sino el impacto que pudiera producir el número.

En esta primera etapa, y por mucho tiempo, hubo padres y madres que renegaron de sus hijos, e hijos que acusaron a sus padres y muchos enfrentamientos entre vecinos, familias, compañeros de trabajo y hermanos de las iglesias.

Aparecieron canciones elocuentes: «si Fidel es comunista, que me pongan en la lista, que estoy de acuerdo con él», o «Cuba sí, yanquis no». Pero es que Fidel decía que él no era comunista, y así decían casi todos los llamados «revolucionarios». La envoltura, a la que no se le puede llamar cultural, que llevaba la «ira popular» contra estos nuevos enemigos de la Revolución, se puede calificar de comparsa. Pero una comparsa donde primaba la chusmería, las palabras ofensivas, las expresiones más vulgares para ultrajar y una agresividad propia de la turba desenfadada que abusa de la víctima indefensa.

Fidel Castro llegó diciendo: «¿elecciones, para qué?», y muchos aplaudieron porque parecía que ya no hacían falta, ni había voluntad popular porque toda había sido sustituida, más bien usurpada, por Fidel.

«Fidel, Fidel», repetían y repiten aclamándolo como mejor y más grande que todo el pueblo. Su liderazgo se convirtió en una aberración. Ahora no tiene sentido buscar culpables porque en realidad todos hemos sido víctimas.

El asunto es que todavía somos víctimas porque la aberración sigue igual y parece que tiene sucesión y hasta dinastía. Lo mejor es que la juventud y el pueblo en general no están dispuestos a continuar —esta generación— con esa manipulación de su propia vida y quieren una vida nueva.

La descripción es amplia y seguramente surgirán muchas opiniones en un sentido u otro, también surgirán recordatorios de elementos de la realidad que no estén aquí y que sería imposible abarcar en un libro. Solo trato de describir el ambiente y el efecto sobre los seres humanos tal como lo he percibido desde niño, y durante toda mi vida, como parte de una familia que trabajaba durante catorce horas diarias, como alumno de las primeras escuelas después de 1959 y también como católico, que no dejó de ir a misa todas las semanas.

Tengo que decir que los cubanos, en poco tiempo, llegaron a tener bien claro que decir: «si Dios quiere», «Dios te lo pague», «gracias a Dios» o simplemente «Dios mío» era un problema real, por eso muchos silenciaron a Dios de sus labios.

La historia de este proceso está ahí y hoy los «fidelistas» reconocen que siempre tuvieron la intención de implantar el comunismo. Pero si no dijeron que eran comunistas entonces, esos viejos fidelistas de hoy y Fidel Castro mintieron. Y a los pueblos no se les miente.

ÍNDICE

Prólogo	7
Agradecimientos	13
Mi intención:	
Una reflexión sobre Cuba en este momento crucial	17
Preámbulo	23
Imágenes de una historia	29
Secuencia I	31
Secuencia II	35
Secuencia III	38
Secuencia IV	43
Secuencia V	48
Secuencia VI	52
La pecera	53
La descristianización en la pecera	59
Otro daño antropológico: la cultura del miedo	66
Asalto a la familia	72
Intento de disección de la realidad actual.	75
Breve reflexión sobre algunos aspectos de la sociedad cubana	75
Educación. Cómo un pueblo educado para la esclavitud despierta para la libertad	77
La cortina de espinas	94
Deportistas o gladiadores	106
El internacionalismo militar	108
Economía	113
Azúcar: la isla dulce se vuelve amarga	130
Tener <i>fe</i> : familia en el exterior	133
La antena	134
Nuestra propia historia	137
Disidencia u oposición	145

La corrupción institucionalizada y la hora del cambio	157
Las clases en Cuba	161
Hay que luchar	163
No al estado mafia	165
Consumidor	168
El pueblo no sabe nada	170
La estabilidad inestable (es la tiranía)	173
La sucesión vs. La transición	174
El «macrofraude»	177
Peligro de conjunto	182
Reconciliación	189
Una esperanza	197
La esperanza, la transición en sí	199
Introducción a la etapa constitucional o la etapa en sí misma	219
Solidaridad y liberación	222
Otro peligro, los fundamentalismos	224
Un proyecto de futuro, de democracia, de justicia, de unidad en la libertad y la diversidad, como camino a la fraternidad	226
Epílogo. Hay que soñar	228
Documentos	235
Ahora la libertad	237
El camino del pueblo	240
El espacio del pueblo	245
La única opción del pueblo es la libertad	249
No al cambio fraude, sí a la liberación	253
Proyecto varela	255
Petición ciudadana	255
Apoyados en nuestros derechos constitucionales	255
Proyecto heredia	259
Ley de reencuentro nacional	262
Programa «todos cubanos»	267
Ni socialismo irrevocable ni cadena perpetua	275

